



INTERIOR DEL ESTUDIO DE MIRO: MURO DE PIEDRA VISTA; EL RESTO, PINTADO EN BLANCO.

CON JOAN MIRO, EN SU RETIRO LABORIOSO DE PALMA DE MALLORCA

"Lo que me gustaría es tener un margen de vida lo suficientemente grande, disponer de tiempo para poder realizar lo que ahora me preocupa, todo lo que ahora estoy pensando."

Este "ahora" es la primavera de 1969. Este "impaciente" que así habla es Joan Miró, que cumplió el año pasado setenta y cinco años. Joan Miró, el pintor, que en el año de su setenta y cinco aniversario lo festejó con una exposición en la "Galería Maeght", de París; una en "Pierre Matisse", Nueva York; una gran exhibición retrospectiva en la "Fundación Maeght", en Saint-Paul de Vence (Francia); una en "Sala Gaspar", Barcelona, la más grande exposición de sus obras que jamás se había hecho en España (en el Museo del Hospital de Santa Cruz, en Barcelona), y que ahora, para "descansar", acaba de abrir una muestra de sus obras menos conocidas en la sede del Colegio de Arquitectos de Barcelona, con el título general de "El otro Miró".

No, desde luego la vejez ya no existe. O, por lo menos, setenta y seis años no importan nada para un creador, para un trabajador que todos los días trabaja y que sólo pide "tener un margen de vida lo su-

ficientemente grande, disponer de tiempo".

Estamos con este jornalero infatigable en su casa de Palma de Mallorca; en sus casas, mejor dicho, pues tiene allí varias juntas, en donde reside, labora sin descanso, sueña y realiza. Es avaro del tiempo, pero Joan Miró ha tenido la gentileza de abrir sus puertas para ARQUITECTURA. No sólo las puertas de su casa, habitualmente bien guardadas de inoportunos, sino también las otras puertas más difíciles de franquear, las más secretas y celosamente cerradas: las de la propia alma.

Estamos en "Son Abrines", un lugar paradisíaco de esta portentosa Mallorca, en las afueras de Palma. Unas afueras que hasta hace dos o tres años eran campo, masías de labranza, pero que ya han dejado de serlo avasalladas por las constructoras de rascacielos y apartamentos de más o menos lujo. Pero Miró es precavido, no podrán quitarle la visión del mar, de su amado azul mediterráneo. El está en lo más alto, rodeado de árboles, de florecillas silvestres y de estrellas; por abajo rueda el mundo y canta el mar. El hace como que no mira, pero ve; él parece que no escucha nada, pero oye todo. Todos los latidos

de la vida le llegan hasta su taller; Miró los ausculta con la paciente dedicación de un galeno, anota y medita. Después, opera.

Operar es la definición más exacta que se nos ocurre para la manera como Miró tiene de trabajar su pintura. Operación quirúrgica y operación matemática: intervención para eliminar perturbaciones y deformidades y conservar lo esencialmente vital y procedimiento con el que se obtiene un nuevo resultado. Como es obligado, de la ejecución minuciosa de estas dos operaciones surge la tercera operación: la financiera, la de los valores.

Joan Miró vive en "Son Abrines" desde el año 1956; es una casa de dos plantas de "estilo mallorquín", rodeada de almen-dros, de olivos, de algarrobos. A la entrada hay una "molina" de madera, que gira con la fuerza del viento, invención mallorquina con la que los campesinos extraen agua del subsuelo. Para Miró su "molina" es una verdadera rosa de los vientos, gira jubilosa sobre los puros azules: el del cielo y el del agua marina.

Junto a la casa familiar está el estudio que José Luis Sert le proyectó. Un proyecto interesante, pero un tanto frío, con

aspecto de laboratorio o de taller fabril. Mas hace unos dos años Miró compró otra casa un poco más arriba, una antigua casa de campo con porte de casa señorial, de principios del siglo XVI o tal vez más antigua. Aquí es donde está ahora el verdadero estudio de Miró, el que le corresponde a su pintura rural e inteligente a la vez. La casona tiene el color dorado de la corteza del pan mallorquín, ese pan fuerte, un poco soso y crujiente.

—En esta casa no he tocado nada; solamente reparar lo que era imprescindible para que no se cayera. El color de la pintura de las habitaciones es el que tenía; el de las vigas de los techos, los pisos, las puertas, todo, todo está lo mismo que estaba.

Miró se encuentra a gusto en esta casa un tanto irreal, intemporal, como abandonada sin estarlo; más a gusto que en ningún otro sitio. Las estancias están casi vacías de muebles, todo lo más alguna pequeña silla, un palanganero de hierro, algunos antiguos aperos de labranza. Pero todas las estancias están llenas de cuadros, de telas puestas en sus bastidores que esperan la mano y la fantasía del pintor. Todos estos lienzos están alineados, ordenados como en espera de una orden de combate. En casi todos hay trazadas líneas enigmáticas, puntos, formas como estrellas.

—Todo esto está en gestación; a veces se pasan así un año o más. Es una larga gestación, es mi manera de trabajar.

Para los que pudieran pensar que la pintura de Miró es improvisada, se equivocan. Sólo tendrían que ver que al lado de cada cuadro, clavada en la madera del bastidor con una chincheta, hay una pequeñísima hoja de cuadernito, de block de bolsillo; en ella está cuidadosamente anotado el color, el diseño, del futuro cuadro. Los diminutos bocetos están pintados con lapiceros de colores, como de niños. Y, como los niños también, Miró pinta en las paredes lo que se le ocurre en el momento, y en las paredes se van juntando unos esquemas a otros, formando un curioso mural que parece garrapateado con un trozo de carbón de leña.

El jardín de esta casa tiene el aspecto agreste de los jardines abandonados, de los jardines de las casas que no están habitadas desde hace muchos años.

—Nadie lo cuida, tengo prohibido que lo toquen, que lo arreglen; quiero que lo

que crezca en esta casa crezca espontáneo, natural, lo que la tierra quiera producir.

Este es el escenario; el intérprete ya saben quién. Vamos ahora a dialogar con él. No es fácil, pues Miró se defiende todo lo que puede de los visitantes. Y puede mucho. Tal vez por timidez, tal vez por cansancio de escuchar preguntas de unos y de otros, no siempre interesantes. Tal vez por otras razones familiares, que en los artistas son tan determinantes como en todos los demás mortales, o tal vez más. Varias llamadas por teléfono fueron preparando la entrevista; en el auricular se oía la voz pausada de Miró:

—Ahora es mal momento; estoy muy afectado, muy nervioso; atropelló a mi nieto un coche al salir del colegio, y esto me tiene muy preocupado...

Tal vez Miró sabe también que no siempre causa buena impresión a primera vista, sobre todo si no se le ha tratado, y uno espera encontrarse con una personalidad que corresponda a su obra: tan dinámica. Como dice el crítico Sebastián Gasch: "Al entablar conocimiento con él uno experimenta la sensación de que era un maniquí recién escapado de un escaparate y que llevaba aún en los labios la sonrisa comercial que se veía obligado a insinuar ante los transeúntes. Sólo cuando hablaba, lo que sucedía raras veces, desaparecía el muñeco de cartón y afloraba a sus ojos una lucecita de luciérnaga antidiluviana. Hablaba muy poco de sí, y cuando tomaba la decisión de hacerlo decía cosas completamente anodinas" (1).

No es del todo cierto lo que asegura Gasch, o por lo menos en las varias entrevistas que yo he mantenido con Miró me ha producido una impresión distinta. No tiene el acartonamiento de un maniquí; al contrario, es un ser muy humano y un tanto desvalido que no le gusta ser importunado. Tiene un sentido monjil de la existencia y le gusta trabajar en paz y en orden, necesita el silencio y la soledad. Le afectan y a veces le desequilibran los pequeños problemas, y los visitantes no producen más que problemas y molestias. Y en cuanto a hablar, ya lo creo que habla—¡horas enteras!—, y sin eludir ninguna clase de preguntas.

—Muchas personas que conocen a usted un tanto superficialmente le acusan de hu-

raño o de egoísta que no se interesa por nada de los demás. ¿Cree que tienen razón en sus apreciaciones?

Estamos sentados en una habitación de la parte alta de su casa en "Son Abrines", toda llena de libros, de carpetas y de hermosos objetos de arte popular de diversos países del mundo, en especial del Japón. Miró viste con gran pulcritud y su aspecto externo es lo menos afín a lo que se entiende superficialmente por un artista. Miró podría ser un payés retirado que ha hecho algún dinero con sus productos hortícolas, podría ser un comerciante que está de vacaciones, podría ser... Podría ser, pero es Miró, el pintor.

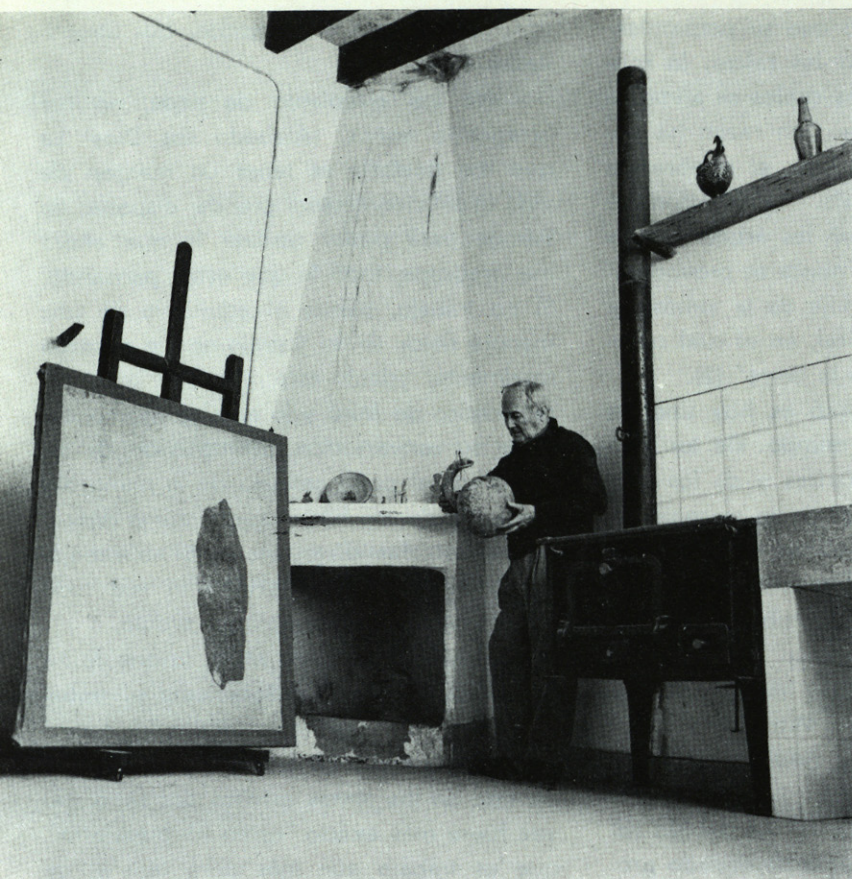
—Si soy huraño es porque tengo que trabajar. Yo no puedo convertirme en una atracción para los turistas que vienen a Mallorca a tomar el sol y a divertirse. El otro día, a las siete de la mañana, estaban llamando por teléfono unos daneses que querían verme antes de regresar a Copenhague... En cuanto a no interesarme por los demás, no es cierto; no soy indiferente con los otros. Me interesa muchísimo, muchísimo, todo lo que hacen; procuro estar al corriente de lo que se hace en el mundo.

Miró da la impresión de que su pensamiento es más rápido que su palabra; a veces habla más desde el fondo de sus pupilas azules que con el movimiento de sus labios. Hubiese sido un buen cartujo, de esos que no dicen ni palabra. Sigue con el hilo de sus pensamientos, aún en contestación de la pregunta anterior.

—Tímido, sí; recuerdo en París, con Picasso y con Matisse, que no me atrevía a ir hasta ellos. Fueron ellos los que vinieron a mí. Es cosa de mi persona. Y lo que más me molesta de todo es no poder pasar desapercibido. Eso siempre me ha dado pánico. No puedo evitarlo, las personas importantes me infunden respeto, y Picasso y Matisse ya eran muy importantes cuando yo llegué a París por primera vez, en mil novecientos diecinueve. Picasso siempre se portó muy bien conmigo y con él la amistad era más fácil; los dos éramos españoles, teníamos amigos comunes en Barcelona... Créame que la popularidad llega a producir un cansancio físico que yo no puedo aguantarlo.

Las inquietudes de Miró deben ir muy por lo hondo, pues su aspecto externo es el de persona en paz, de persona que no tiene roce conflictivo ni con su trabajo ni

(1) Sebastián Gasch: *Surrealismo*. Ed. Cobarro. Barcelona, 1948.



JOAN MIRO, EN UN RINCON DE SU MASIA, DEL SIGLO XVI, EN PALMA DE MALLORCA.

MIRO PINTA EN LAS PAREDES LOS ESQUEMAS QUE DE MOMENTO LE ASALTAN.



MIRO PINTA UN MURAL SOBRE LAS LUNAS DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS DE BARCELONA. UNICO INSTRUMENTO: UNA ESCOBA MOJADA EN PINTURA NEGRA. OCASION: LA EXPOSICION "MIRO, OTRO", QUE ALLI SE ESTA CELEBRANDO.

con el lugar en que reside, factores ambos tan importantes para el verdadero equilibrio anímico.

—Miró: usted ha vivido en muchos lugares diferentes, en ciudades importantes como Barcelona y París, en pequeñas localidades campestres como Montroig, Tarragona, y ha escogido Palma de Mallorca como residencia permanente. ¿Qué supone Mallorca en su creación artística y en su vida?

—Supone que yo tengo una gran fe en la tierra. En mis propias raíces, sin las que no puedo vivir. Yo tengo que estar sustentado por mi propia tierra; si no, me es imposible la vida permanente. Y mis raíces, parte de mis raíces, son mallorquinas. La familia de mi madre era de Palma, lo mismo que la de mi padre era de Tarragona. Por eso divido mi vida entre Mallorca y Montroig, entre los dos lugares de donde proceden mis raíces. Además, mi esposa es mallorquina, lo mismo que mi hija, y eso también influye. Cuando he tenido que vivir lejos de estas tierras mías es cuando me he dado cuenta de lo mucho que las necesitaba. Yo soy un producto de la tierra; tengo una gran fe en la tierra, en las raíces esas, que...

Miró queda en el silencio de los puntos

suspensivos y sospecho que su pensamiento anda escarbando en las raíces, lo mismo que un topo, de las cuales se alimenta y entre las cuales vive. Con razón ha podido escribir su gran amigo, el sombrerero de Barcelona Juan Prats: "La creación de Miró nace y crece como los árboles de la tierra. La obra de Miró nunca es provocada. La fuerza creadora es hija de la atmósfera Miró. Es un hecho natural, en el cual cuenta en grado superlativo la tierra" (2).

Es indudable que Miró es hoy uno de los pintores clave del mundo. De los más famosos en todos los países y de los más apreciados por la pureza de su mensaje artístico. Pero siempre existen frustraciones, objetivos no alcanzados, lo que no se logró en la vida de todos los hombres. Esto motiva la pregunta siguiente:

—En esta cumbre de su vida en que se encuentra, ¿se arrepiente Miró de no haber intentado, de no haber hecho algo o de haberlo hecho?

Esto del "arrepentimiento" ha debido sonarle como hurgar en zonas demasiado profundas. No se si ha entendido bien el sentido de mi pregunta, pero es indudable que se azaró al escucharla. Sus contestaciones

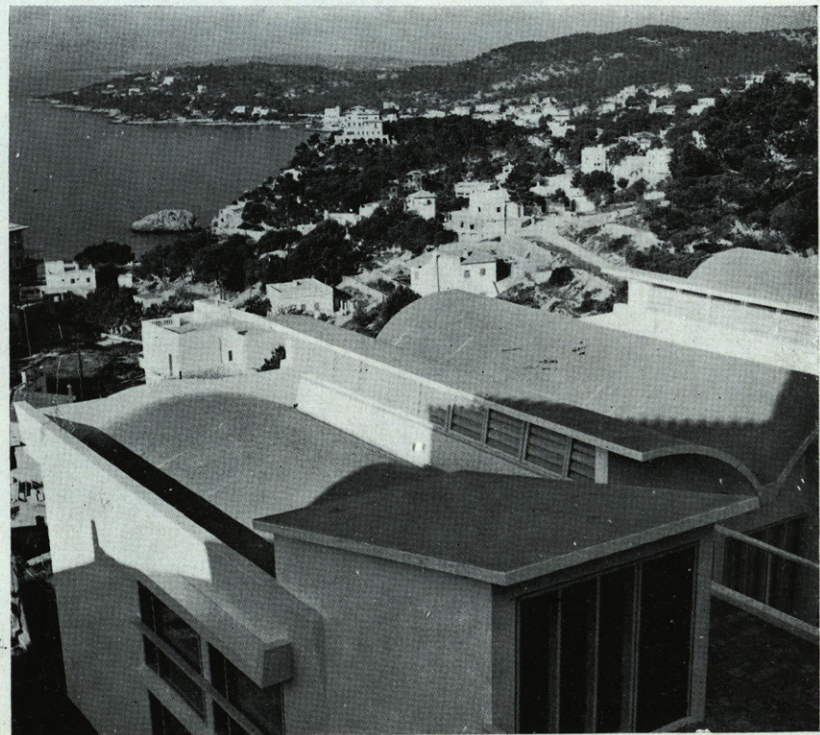
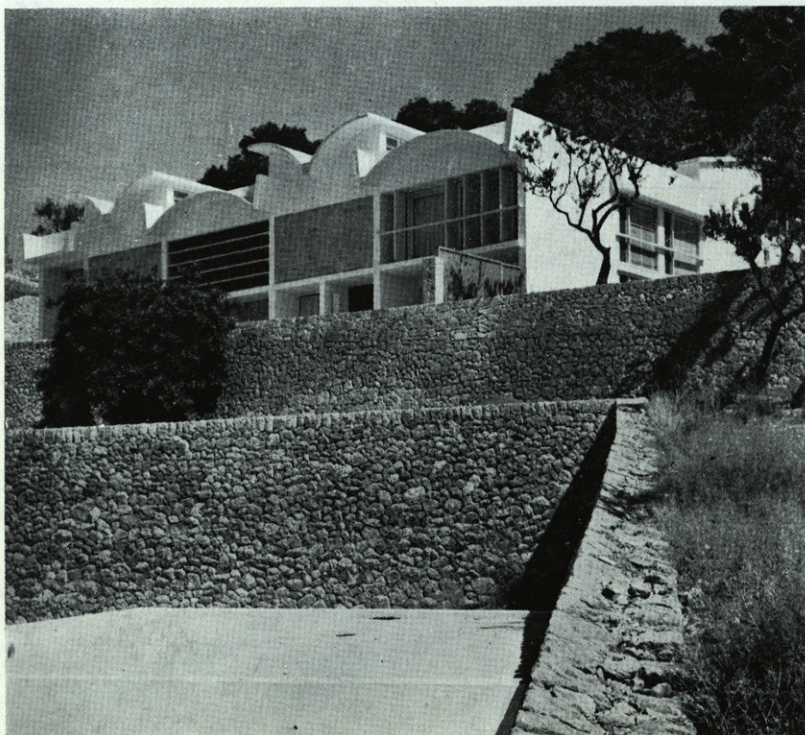
(2) Juan Prats: "Catálogo de la Exposición Miró en la Galería Maeght". París, 1948.

son, por primera vez, rápidas, casi atropelladas.

—No me arrepiento de nada, no me arrepiento nunca. ¡Alabado sea Dios! Lo que me gustaría es tener un margen de vida lo suficientemente grande, disponer de tiempo para poder realizar lo que ahora me preocupa, todo lo que estoy pensando. Si no trabajo, pierdo el equilibrio de una manera física. Si mi trabajo no me absorbe totalmente, ¡clac!—este ¡clac! es muy característico de Miró y lo emplea mucho durante su conversación, acompañado de un gesto con el puño cerrado de la mano derecha, de dentro hacia afuera, como diciendo: ¡toma!, ¡fastídiate!, etc.—. Si no trabajo, ¡clac!, pierdo el equilibrio y lo veo todo trágico. Aunque me repongo pronto.

Este es el secreto de Miró, lo que le ha permitido permanecer. Solamente su trabajo, un trabajo constante, dedicado, tenaz. "Yo trabajo como un jardinero" es el título de uno de los textos escritos por Miró. Tal vez fuese más exacto "como un hortelano", que es trabajo aún más duro que el de jardinero. Hortelano de su propio jardín, este es Joan Miró, con un jardín situado en uno de los paisajes más vitales, más tonificantes, más hermosos del Mediterráneo: la isla de Mallorca.

ASPECTO PARCIAL DEL ESTUDIO DE JOAN MIRO EN PALMA DE MALLORCA. ARQUITECTO: JOSE LUIS SERT.



LETANIA DE LA PINTURA DE NUESTRO HERMANO,
EL BEATIFICO JOAN MIRO

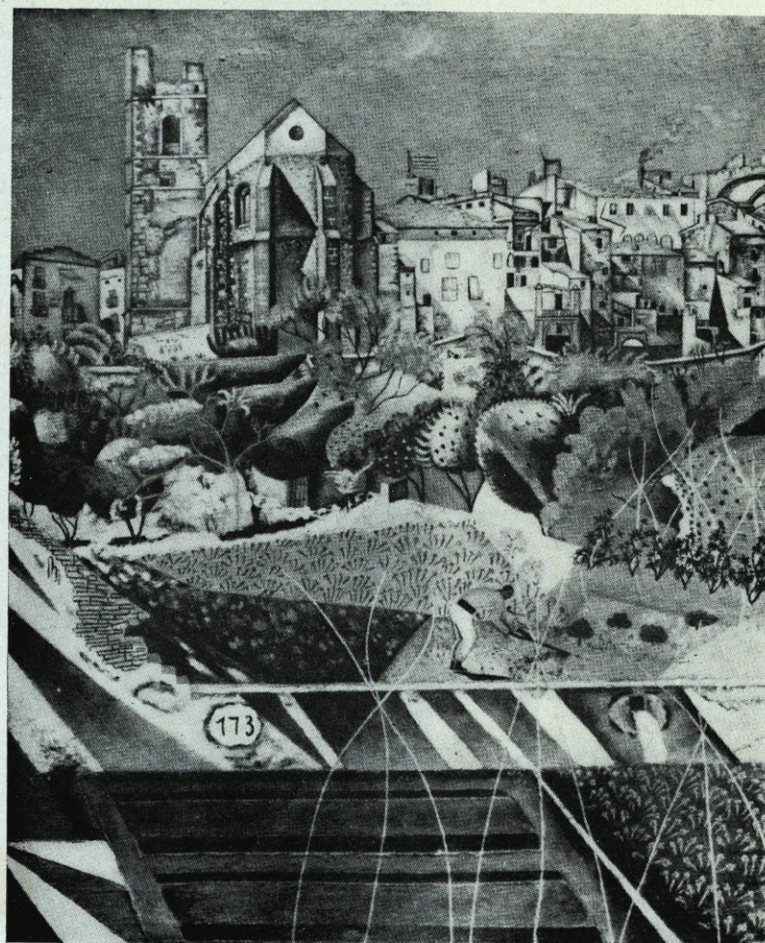
Y su pintura fue:

Realista,
detallista,
"fauvista",
expresionista,
cubista,
"collagista",
anticubista,
surrealista.

Y su pintura es:

Clara de colores - oscura de significado.
Soñada en su realidad - real en su sueño.
Estridente en su melodía - melódica en estridencia.
Elemental esquemática - misteriosa ideográfica.
Primitiva - intuitiva.
Desconcertante - cortante.
Intimista - egocentrista.
Vibrante - alucinante.
Geroglífica - inocente terrorífica.
Intrincada - de ignorancia ilustrada.
Caótica en su orden - ordenado el desorden.
Primordial - sólo lo elemental.
Primitiva y festiva - tan estiva.
Musical - de paraíso celestial.
Angélicamente diabólica - simbólica.
Solitaria - de hombres "procesionaria".
Espacial - de alcance sideral.
Orientalista - con algo de nihilista.
Invención en cartón - con colores clamores.
Recopiladora - turbadora.
Humorista - optimista.
Trasmutadora - mutiladora.
Coreográfica - ortográfica.
Inocente pornográfica.
Evasiva - timidez agresiva.
Abismal irracional - pecadora original.
Inconsciente - permanente consciente.
Acida refrescante - zumo tonificante.
Fantástica - lunática y solática.
Pura y dura - muy madura.
Jugosa rumorosa - abeja sobre rosa.
Infantil, pajaril - y verde perejil.
Azul de monja - amarilla toronja.
Feliz - con un sol en la nariz.
Microbiana - estelar mironiana.
Amada de los niños,
amada de los poetas.
Mira Miró lo que miró
y su mirada
vuelve a crear la nada remirada.

JUAN RAMIREZ DE LUCAS.



MONTROIG. LA IGLESIA Y EL PUEBLO, 1919.

ESCULTURA, 1968 (DETALLE).

